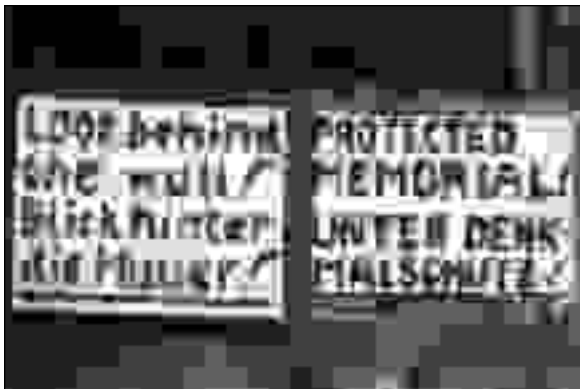


Del icono canónico a los cronotopos de la frontera. Un viaje de ida y vuelta por las Trincheras, el Muro y el Camino

David Casado Neira, Andrés Davila y Eva Mouriño

Tiempos de *espacio Schengen*. Proliferación de leyes de extranjería, por obra y gracia de las cuales la frontera deviene una tapadera; esto es, algo que sirve tanto para disimular una situación (sentido figurado) como para cerrar un recipiente (sentido propio). En el primero de los sentidos, la frontera sirve de tapadera para los estados que –en un ámbito como el de la Unión Europea y su principio de subsidiariedad– hacen frente al fenómeno de la inmigración «mediante la afirmación del ejercicio de la soberanía sobre el control de las fronteras... [en un] juego frente a la opinión pública (convertida en un control del control) [que] consiste en sugerir que continúa el control simbólico, mientras que los estados han perdido ya ampliamente el ejercicio de su soberanía» (Wihtol de Wenden, 2000:17-18). Pero la frontera también actúa en el segundo de los sentidos mencionados pues, al aventarse una y otra vez la amenaza que supondría (tanto para la soberanía como para la identidad nacional) una llegada masiva de inmigrantes y, al mismo tiempo, empeñarse en mantener el selectivo cierre fronterizo para que estos sigan encerrados ahí fuera, se actualiza en el discurso restituido de la opinión pública el símbolo mítico de la caja de Pandora ¹: expresión de toda acción nefasta, y de todo aquello que agazapado sólo espera la oportunidad de mostrarse en toda su potencia desastrosa.

Curioso remedo de Jeckyll y Hyde, éste de Europa y Pandora, que se activa para personificar una ciudadanía europea embarcada, a la vez, en un espacio de libre circulación (espacio común sin fronteras interiores) y en un espacio de restricción generalizada (espacio compartido de fronteras exteriores). Puestos a revitalizar algún tipo mitológico en relación al doble principio estructurador de la actual Unión Europea, a la vez cerrada –hacia afuera– y abierta –por dentro–, no sería nada desdeñable el de Jano bifronte (*Ianus Geminus*): divinidad



de los pasajes (*Ianus*, Jano, forma tanto *ianua* puerta como *ianitor*, portero) que simboliza el incesante dar paso de una cosa a otra o el constante convertirse unas cosas en otras; de ahí que presida todos los principios: el primer día del año (*ianuarius*, de donde «enero», mes que inaugura el año), las calendas de cada mes, las primeras horas del día.... Su templo en el Foro de Roma tenía la particularidad de que sus puertas se cerraban únicamente en tiempo de paz y sólo se abrían en tiempo de guerra. Asimismo, la cabeza de doble rostro con que se le representa recibía dos sobrenombres: *Patulcius* (derivado de *patulus*: «abierto», «desplegado») y *Clusivius* (derivado de *clausus*: «cerrado», «cubierto»), respectivamente. Jano, además, encarna la «paradoja de la frontera: creados por contactos, los puntos de diferenciación entre dos cuerpos también son puntos comunes. La unión y la desunión son ahí indisolubles. De los cuerpos en contacto, ¿cuál posee la frontera que los distingue? Ni el uno ni el otro. Es decir: ¿nadie?» (Certeau, 1990:186).

No son estos, sin embargo, los derroteros de la imaginación actual de la frontera. Mentar la frontera es traer a las mentes una indicación material y tajante que distingue un interior de un exterior en oposición; una marca neta e indeleble que determina por igual exclusiones e inclusiones; unos confines (vista desde dentro) u horizontes (vista desde fuera), tanto geográficos como geopolíticos, en que nos movemos... por lo que no es de extrañar que surjan inmediatamente algunas de sus encarnaciones más socorridas, como la de la muralla (ya sea natural –montañas– o mítica –Muralla China). Una imagen que se refuerza cada semana respecto a las estáticas fronteras de la Unión Europea, convertida en ese dique/acantilado contra el que vienen a estrellarse o a morir, una y otra vez, las distintas oleadas de emigrantes, desplazados, refugiados, exiliados... Imagen que sin embargo ha de conjugarse con aquella otra que hace de la frontera misma una ola, caso de la decimonónica frontera norteamericana, frontera en movimiento perpetuo hacia el oeste, a la manera de un solitón: ola o muralla de agua que sigue su camino a velocidad constante, rodando sin cambiar de forma y sin perder energía, ni siquiera cuando se cruza con otras.

El icono canónico: la usurpación del cronotopo

Mentar la frontera es también contestar a la pregunta: «¿Qué supone la frontera? De entrada es una delimitación del espacio, una barrera que demarca el contorno de cada uno de los estados modernos. Hasta esa línea se ejerce la soberanía del estado, a partir de la cual aparece la soberanía del estado vecino... La frontera, por lo tanto, desde esa concepción de la soberanía heredada del estado moderno y nacional adquiere la consistencia geométrica de la línea, es decir, carece de las tres dimensiones del espacio, no hay opción a estar en medio, sino que, por pura lógica o se está en un estado o se ha atravesado y ya se está en el otro» (Oliván, 1998:110-111). La línea de demarcación se constituye en emblema por excelencia de la frontera o, como diría Jay Gould, en el *icono canónico* de la frontera, pues la línea de demarcación forma parte de «la imaginación tradicional relacionada con conceptos clave de nuestra vida intelectual y social. Nada hay más inconsciente y por ende más influyente mediante su efecto subliminal, que una imagen amplia y tradicionalmente usada para un asunto, que, en teoría, podría representarse visualmente de cien maneras distintas, algunas de ellas con implicaciones filosóficas notablemente dispares. La sorpresa que produce una imagen distinta puede ser reveladora: al instante comprendemos hasta qué punto estábamos coaccionados por el icono canónico, pese a no haber reparado nunca en ello... [pues] este tipo de imágenes son un reflejo de nuestras preferencias sociales y de nuestras esperanzas psicológicas» (Gould, 1996:127-128).

Antaño, era la imagen de la barrera la que se constituía en icono canónico de la frontera. Así la visualizó Tocqueville en el Antiguo Régimen: «aunque fácilmente franqueable, la barrera que separaba a la nobleza de Francia de las otras clases era siempre fija y visible, siempre reconocible por signos evidentes y odiosos para quien se hallaba fuera. Una vez salvada, quien lo lograba se encontraba separado de todos aquellos pertenecientes al medio que acababa de abandonar, a causa de los pri-

vilegios que le resultaban onerosos y humillantes» (Tocqueville, 1996: 173). Esa imagen ha de acompañar a los europeos allí a donde estos se trasladaban y mediante ella no dejarán de dar forma al mundo, a su medida. Jaffee nos lo muestra claramente cuando estudia la fundación de los *towns* y la redacción de historias locales en Nueva Inglaterra (siglos XVII y XVIII), analizando el personaje de «Gluskap, el héroe de la cultura Nashaway que ilustra perfectamente la percepción que tenían los amerindios de la permeabilidad mágica entre el mundo salvaje y el mundo civilizado. Por el contrario, para los puritanos una barrera separaba estrictamente el pueblo de la Alianza del salvajismo exterior» (Jafee, 1994:276).

En la actualidad es la línea de demarcación la que permite la hegemónica caracterización de la frontera como aquello que distingue nítidamente dos lados, bandos o posiciones, de manera que no cabe más posibilidad que la de situarse en una u otra de tales posiciones o encontrarse a un lado u otro, hasta el punto que situarse en la frontera supone señalar que se habita un lugar improbable, que se está donde no cabe estar. Ahora bien, esa línea de demarcación siempre conlleva un marco convencional y jurídico. En el caso de la histórica línea trazada sobre el mapamundi por Alejandro VI, estipulando las tierras descubiertas como españolas o portuguesas según se encontraran éstas, respectivamente, al Oeste o al Este de la misma. En el caso actual de la Unión Europea, haciendo que muchos extranjeros se vean «convertidos en auténticos equilibristas en el filo de una ilegalidad permanente» (Oliván, 1998:19), a la manera del funambulista, condenados a andar permanentemente en la cuerda floja, donde la frontera deviene crucial: un «horizonte de tensa realidad –hasta el punto que apenas nada en él es real, siendo tan sólo el filo de todos los espacios posibles: el alambre. ¿Cómo habitar un territorio así? Y sin embargo, ¿cómo no hacerlo?» (Morey, 1990:156). No pocas veces se nos invita a la disolución de esa imagen lineal de la frontera: «Las fronteras no son simples trazas sobre un mapa, un lugar geográfico unidimensional de la vida política, donde un Estado acaba y otro comienza. Son instituciones establecidas por divisiones políticas regidas por textos jurídicos» (Anderson, 1997:15); «¿Cuándo se logrará comprender que la frontera no es esa línea trazada en un

mapa o ese obstáculo en el territorio sino, por el contrario, un auténtico mecanismo que se encuentra a la vuelta de cada acción?» (Raffestin, 1993:159). Sin embargo, estas conminaciones suelen agotarse en la reactivación de la frontera a través de sus funciones, sean éstas la de regulación (Anderson) o también las de traducción, diferenciación y relación (Raffestin) entre un interior y un exterior, sean geográficos o de cualquier otro tipo.

Ahora que todo se cartografía, desde epidemias hasta sondeos de opinión, la diversidad biológica tanto como la lingüística, convendría no perder de vista aquel adagio simmeliano: «El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial» (Simmel, 1986:646). Tal y como lo hiciera Mijail Bajtin al plantear que «[el hombre] está, todo él y siempre, sobre la frontera»; que «la cultura, toda ella se sitúa en las fronteras, las fronteras pasan por todas partes, atravesando cada momento de ella... [pues] todo acto cultural vive en las fronteras: en esto consiste su seriedad e importancia; al separarse de las fronteras pierde terreno, se vuelve vacío, presuntuoso, degenera y perece» (Bajtin, 1982:345). En realidad, Bajtin no hace sino llevar a su extremo la formulación de la frontera como línea de demarcación de dos interiores, cuya exterioridad queda así confinada a esa mínima zona de encuentro. «No aquello que sucede dentro, sino lo que acontece en la *frontera* de la conciencia propia y la ajena, en el *umbral*. Y todo lo interno no se basta por sí mismo, está vuelto hacia el exterior, está dialogizado, cada vivencia interna llega a ubicarse sobre la frontera, se encuentra con el otro, y en este intenso encuentro está toda su esencia. Éste es el grado supremo de la socialidad...» (ibídem:327). Bajtin no aboga por cruzar frontera alguna sino por reconocer en cualquier frontera lo crucial. De esta manera, la frontera susceptible de una exclusiva representación geométrica (icono canónico) se concreta además en escenarios espacio-temporales (o cronotopos), tales como los que Bajtin localiza en las obras de Dostoievsky, donde «el umbral y los cronotopos contiguos a él –de la escalera, del recibidor y del corredor–, así como los cronotopos que los continúan –de la calle y de la plaza pública–, son los principales lugares de acción, los

lugares en los que se desarrollan los acontecimientos de las crisis, caídas, regeneraciones, renovaciones, aciertos, decisiones que determinan toda la vida del hombre» (Bajtín, 1989:399); al fin y al cabo, «Dostoievsky deja de lado el espacio interior habitable construido y sólido, de las casas, los apartamentos y las habitaciones alejadas del umbral. Lo hace porque la vida que él representa no transcurre en este espacio... En el umbral o en la plaza sólo es posible un tiempo de crisis, en el que un instante equivale a años, decenios...» (Bajtín, 1988:240).

Para Daniel Sibony «todas nuestras situaciones cruciales» también se sostienen por una posición de entre-dos. Así, «el entre-dos concierne a la articulación con el otro: otro tiempo –cuestión de memoria; otro lugar, –cuestión de sitio; otras personas –cuestión de vínculo» (Sibony, 1991:17-18), pero en modo alguno reconoce ahí la frontera; a ésta la identifica con el unidimensional «trazo de la diferencia, capaz de dividirlo todo en esto o aquello» y es en su lugar que Sibony sitúa «la inmensa extensión de un espacio entre-dos desplegándose», pues el trazo en cuestión se le antoja «un entre-dos demasiado simple» (ibídem:34). En esta ocasión, el icono canónico vuelve a imponerse sobre los cronotopos de la frontera. Justo lo contrario de lo que sucede cuando Dominique Maingueneau aborda la *paratopia del escritor*, esa localidad paradójica derivada de la difícil negociación entre el lugar y el no-lugar pues, «en cierta manera, el campo literario forma parte de la sociedad, pero la enunciación literaria desestabiliza la representación que comúnmente se hace de un lugar, con un dentro y un afuera. Los medios literarios son de hecho fronteras. La existencia social de la literatura supone a la vez la imposibilidad de cerrarse sobre sí y la de confundirse con la sociedad ordinaria, la necesidad de jugar de y en este entre-dos» (Maingueneau, 1993:28). Es la enunciación literaria misma la que se ubica en los cronotopos de la frontera y trabaja la ambivalencia de ésta al objeto de poder establecer tanto espacios como personajes paratópicos: entre los espacios cabe destacar casos como el del café de artistas del XIX, «que se encuentra sobre la frontera del espacio social, lugar de disipación de tiempo y de dinero, de consumo de alcohol y tabaco, que permite a mundos

muy distintos ir de la mano» (ibídem:33); entre los personajes ha de señalarse el caso de los bohemios: «Es toda la ambigüedad de la paratopia del escritor: es a la vez el impuro y la fuente de todo valor, el paria y el genio, según la ambivalencia del *sacer* latino, sagrado y maldito. En la frontera de la sociedad ordenada, el artista es aquél en quien se mezclan peligrosamente las fuerzas benéficas y maléficas» (ibídem:35).

La línea incierta

En *lontananza*. No son pocas las expresiones que evocan la ambivalente frontera constitutiva de la paratopia de un(a) escritor(a) o artista: entre dos aguas, a caballo de... Siri Hustvedt comparte, sin duda, tales evocaciones. En el caso de la literatura, cuando revisitando *Nuestro amigo común*, de Dickens, comenta que «la historia que relata el libro es un desplazamiento *entre* lo que está ahí y lo que no está ahí ... ¿Dónde habitan las palabras sino en una zona situada entre presencia y ausencia?» (Hustvedt, 1999:124); también en el caso de la pintura, cuando confiesa que «dado que Daccio ocupa esa frontera situada entre el icono y el rostro humano del Renacimiento, siempre he considerado sus figuras insoportablemente hermosas» (ibídem:74). Pero además de todo ello, esta escritora norteamericana le ha dedicado uno de sus ensayos, exquisitos, a otra de esas expresiones: en *lontananza*. En principio, no parece haber en ésta más evocación que la del horizonte, por cuanto ver algo en *lontananza* es tanto como verlo lejos o a lo lejos. Sin embargo, es a través de dicha expresión que Hustvedt nos indica un nuevo espacio, tal y como le ocurriera a ella cuando: «En cierta ocasión, mi padre me preguntó si sabía dónde estaba en *lontananza*. Yo le dije que creía que *en lontananza* era otra manera de decir *allá*. Él sonrió y dijo: No, en *lontananza* se encuentra entre aquí y allá ...» (ibídem:9). Esta pequeña anécdota, como ella misma dice, habrá de identificarle una zona media de gran calado, capaz de dar cuenta de nuestra relación con esos lugares que perviven en nosotros cuando ya no estamos en

ellos, con aquellos en los que aún no hemos estado o nunca estaremos, con los préstamos y movilizaciones que hacemos de ellos o de sus recreaciones, tanto propias como ajenas, tanto reales como ficticias, cuando nos hace falta un sitio.

Mundo en lontananza, el escenario espaciotemporal propio de «cualquier experiencia de inmigración, [donde] *aquí* y *allá* se encuentran en una relación de perpetua tensión determinada en primer lugar por la memoria» (ibídem:13). Logra así expresarse ese lugar entre dos culturas y dos idiomas de un(a) emigrante; a quien le sucede lo que a un(a) escritor(a) o artista: «es alguien que ha perdido su lugar y, mediante el despliegue de su obra, debe definir uno nuevo, construir un territorio paradójico a través de su propia errancia» (Maingueneau, 1993:185), haciendo la salvedad de que en el caso del emigrante esa obra es la de toda una vida, con sus instantes decisivos y líneas divisorias; que ese lugar se compone de recuerdos y de olvidos; que ese lugar se hace en tierra de nadie, la lontananza territorial.

Frontera, frente, fronda. En tierra de nadie cabe tanto proyectarse como exponerse. Es bajo el signo del *no man's land* que traemos aquí tres casos de la historia europea: las Trincheras del 14-18, el Muro de Berlín y el Camino de Santiago. Tanto las Trincheras como el Muro y el Camino constituyeron un frente durante la primera guerra mundial (o Gran Guerra), la tercera (o Guerra Fría) y la creación de la Europa cristiana con la expulsión musulmana, respectivamente. Tres frentes que en las crónicas enciclopédicas del siglo XX podemos ver asimilados de manera habitual al icono canónico de la frontera, figurando en ellas dichas zonas de confrontación como meras líneas de demarcación: en un caso, la que dividía Europa entre las fuerzas de la Entente y de Alemania; en otro Berlín, entre el Este y el Oeste; y en el último el mundo cristiano del musulmán. Todas ellas nos permiten explorar el carácter ambivalente de la frontera y el frente al que el término árabe *thaghr* hacía referencia: una línea defensiva (el conjunto de plazas fuertes situadas frente a Bizancio) y, a la vez, el «territorio intersticial» constituido por las idas y venidas, avances y repliegues en dicho frente bizantino (Miquel, 1991:39), la fronda.

Un viaje a la frondosidad del icono canónico

A. EN LA ESPEURA DE LAS TRINCHERAS

La trinchera es de esas figuras que se aviene sin dificultades a la idea de frontera, sea cual fuere el sentido que de ésta considerásemos. De hecho, trinchera deriva de trinchar, esto es: separar un todo en dos partes mediante un corte nítido ejecutado con ayuda de un instrumento; de ahí su primera y fácil asociación con una frontera en cuanto aquello que marca una neta separación o división. En este punto, nada distinguiría a una trinchera de cualquier zanja (*tranchée*, en francés), salvo el uso a que esté destinada, pues la trinchera es una zanja de corte defensivo, un foso en el que parapetarse con objeto de retardar o impedir un asalto a las propias posiciones; también así la trinchera se acomoda a la idea de frontera, solo que ahora en su sentido de obstáculo, tanto natural como artificial (barra). En cualquier caso, lo que aquí nos interesa no son estas equiparaciones, plausibles desde la vertiente *proverbial* de la frontera, sino la experiencia del frente que suponen las Trincheras y su entroncamiento con la vertiente *crucial* de la frontera. No en vano, «el descubrimiento más profundo del frente es esa flexión de la vida en la noche, la lucha y la muerte... esa transformación del sentido de la vida que tropieza aquí con la nada en un límite infranqueable en que todo cambia» (Patocka, 1988:156).

El frente de la Gran Guerra es un lugar que durante cuatro años lo regía todo, hipnotizándolo. Para Patocka es el acontecimiento decisivo de la historia del siglo xx y para mostrarlo se apoya en los testimonios de Jünger y de Teilhard de Chardin, de los que Patocka señala algún que otro rasgo común: «es cierto que el frente es atroz y que en las trincheras todos esperan el relevo con angustia (incluso según los estados mayores, es imposible aguantar en ellas más de nueve días); y sin embargo, en el fondo de la experiencia del frente hay algo profundo, enigmáticamente positivo... en tanto que cuestión ni resuelta ni olvidada» (ibídem:150). Lugar

por excelencia del absurdo —pues en él «nada tiene sentido, más que la prueba de que el mundo capaz de engendrar semejante hecho debe desaparecer»—, tanto como de la espera —pues «se cuenta con el debilitamiento, esto es, el aniquilamiento mutuo, de los dos adversarios, encadenados a un combate a vida o muerte» (ibídem:151). Se trata de un sitio que no está ni aquí ni allí, donde el soldado también se revela como alguien que habrá de hacer un lugar de su errancia.

«Había una vez un soldado que, como otros muchos, tuvo que ir a la guerra. Había de tener memoria y también esperanza; sin embargo, en lo hondo de la trinchera, sólo parecía seguro de haber depositado todo lo que en sí mismo pudo hallar de certidumbre en un extraño refugio inexpugnable:

“Cada instante me recuerda que estamos en guerra y en tierra enemiga, sin embargo, continuo fiel a la convicción de que la tercera antinomia de las ideas transcendentales de la razón pura es más importante que todas las guerras mundiales...”

Compañeros y enemigos suyos se confortaban en otras seguridades... llevarían biblias, cartas de amor o alguna certeza indecible... sin embargo, el estudiante de filosofía sumido en las trincheras de Verdún y protegido por una línea Maginot de impermeabilidad kantiana, prefería descansar y esperar en una pregunta que le prometía no dejar de serlo.» (Gil Bera, 1993:9-12).

La vida en las trincheras que aún pervive en nuestro lenguaje, como lo atestigua la propia palabra *frente* que, en su acepción de línea de territorio continuo en que combaten los ejércitos con cierta permanencia o duración, todavía «no consta en el Diccionario de la Real Academia en 1914, pero ya se popularizó en España en la guerra de esta fecha», según Corominas (1987:574). Por otra parte, aquellos soldados que a duras penas se mantenían en esa frontera inestable y devastada, dieron lugar a la figura del *poilu*: a la vez, barbudo y de pelo en pecho. Vocablo que daba rostro a «un héroe grotesco, abyecto», al decir de Bernanos, si bien éste habrá de reconocer a través de aquél el alcance de ese mundo en lontananza, cuando a mediados de los años treinta escribe en las páginas de *Journal de un curé de campagne*: «es sorprendente lo que el argot de las trincheras ha

podido lograr a la hora de expresar ideas sórdidas en imágenes lúgubres» (Bernanos, 1964:7). Alcance que de nuevo se hace evidente treinta años más tarde cuando Michel Estève comenta esa misma obra, en concreto un pasaje sobre la duda, del modo siguiente: «el alma se encuentra entonces situada en un *no man's land* pavoroso» (ibídem:279).

Evocación de esa zona de máxima exposición, vigilada permanentemente, de día y de noche: periscopios, bengalas, sistemas telefónicos... Zona intermedia entre los sistemas de trincheras de uno y otro lado. Como Günter Grass ilustra en una de sus 99 viñetas de *Mi siglo*, en donde aborda la historia polifónica del siglo XX. En la viñeta de 1916, año intermedio de la primera guerra mundial, oímos las voces de Remarque y Jünger que, en un encuentro ficticio, hablan «sin consultar sus libros» acerca de «la guerra de posiciones en el frente occidental»; uno y otroándonos «información sobre sistemas de trincheras alineadas, con espaldones, parapetos y cubre-espaldas; sobre cabezas de zapa, refugios cubiertos de tierra, galerías profundamente escalonadas en el suelo, corredores subterráneos, galerías de escucha y minado prolongadas hasta muy cerca de las líneas enemigas y trenzado de alambradas de espinos, pero también de trincheras y refugios cegados e inundados» (Grass, 1999:72-73). Trincheras de primera línea, constituidas por las distintas líneas de fuego, conectadas entre sí en zigzag; trincheras de segunda línea o de sostén; trincheras de tercera línea o de reserva; trincheras de comunicación... construcciones una y otra vez modificadas, surgidas muchas de ellas de la conexión de distintos cráteres de obús, excavando zanjas entre ellos, y que eran ocupadas hasta que el agua (de lluvia y nieve) o el fuego (de artillería) las hacían una vez más impracticables, volviendo a indiferenciarse así en el inmenso barrizal del *no man's land*. Trincheras cuyo conjunto componía una ciudad subterránea (complicada red de pasajes, escaleras, abrigos, túneles... extendiéndose desde el mar del Norte hasta Suiza.

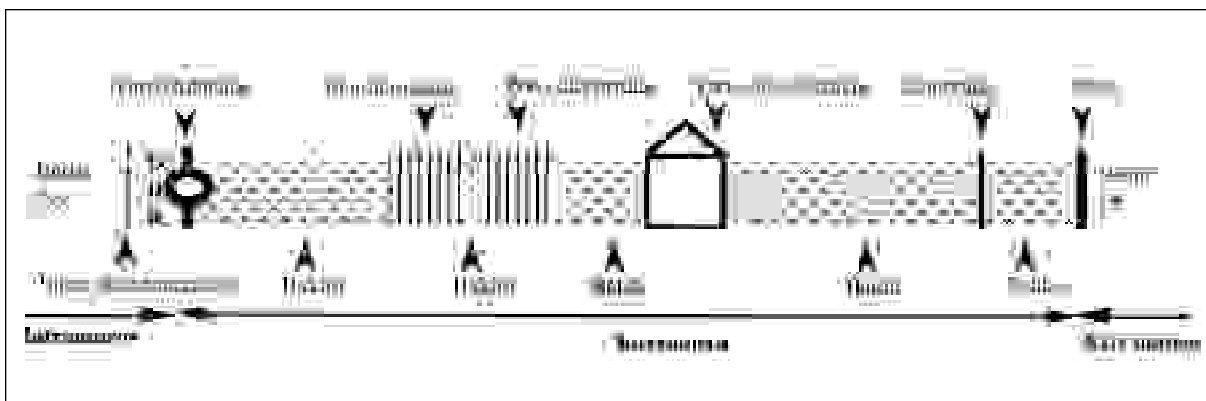
B. EN EL ESPESOR DEL MURO:

El icono canónico de la frontera contemporánea por excelencia está en el Muro de Berlín.

En el imaginario político actual pocas referencias hay que hayan encarnado tan impactantemente la frontera (como línea de corte) generadora de los dos Bloques. El Muro de Berlín, con una longitud total de 111,9 km., condensaba ese frente que discurría desde Finlandia hasta Grecia y desde la URSS hasta Bulgaria.

Ante todo cabe considerar que el Muro ofensivo fue el Muro visible, el icónico, la pared que de una manera burda, obvia y descarada insistía en la evidencia de esa separación. La imagen paradigmática del Muro se

erige sobre tres reducciones harto significativas. Primera: hacer del Muro un lugar en el que parece que no se logra estar. Segunda: de todo el perímetro cerrado son únicamente los 43,1 km. que atraviesan la ciudad, los que representan la totalidad de la clausura, obviando el resto del perímetro ². Tercera: de la anchura del Muro sólo se fija en la memoria la pared lisa exterior occidental, la imagen inmediata de un muro que oculta los intersticios posibles, como ya se vislumbra en esta sección del Muro:



Este nace cuando límite y frontera corren el riesgo de ser peligrosas, de dejar de ser punto de separación para ser punto de encuentro a través del intercambio y la reciprocidad, donde la vida cotidiana mata la frontera. Así el 13 de agosto de 1961 se cierra la frontera entre los dos Berlín, ya por aquel entonces se estimaba en casi 2,7 millones de personas que en los últimos años habían pasado definitivamente a Occidente ³. En ningún caso se trataba únicamente de una escapada progresiva, pues hasta el cierre de la frontera miles de berlineses orientales habían mantenido sus puestos de trabajo y relaciones al otro lado de la frontera.

Intersticios de circulación en el espesor. Muchas eran las personas que podían circular legalmente de desigual manera al amparo de la lógica estatal y política de la frontera gracias a permisos y pases. Después del cierre se decide conceder pases de tránsito a los berlín-occidentales para pasar al Oriental con motivo de la Navidad. Los berlín-occidentales y turistas podían traspasar el Muro, así como personal militar occidental y personal diplomático acreditado en Berlín Oriental. Los berlín-orienta-

les, así como los ciudadanos de la D.D.R. y de otros países de la órbita soviética se enfrentaban a un hermetismo casi absoluto, pero se decide además emitir un pase de especial a aquellos berlín-orientales que están censados para trabajar, para asistir a doce colegios y a pabellones de deporte al otro lado, hasta Pascua de 1966 en que se anulan definitivamente.⁴

En otra forma de tránsito las líneas de cercanías de Berlín Este son otro umbral de compatibilización entre un lado y otro. Hasta enero de 1984 las líneas de cercanías y metro del Oeste dependen de la gestión oriental. En una línea de cercanías y en dos de metro los trenes circulan de una parte a otra de la ciudad atravesando territorio oriental. En un total de quince estaciones «fantasmas» los trenes circulan sin efectuar paradas de oeste a oeste. En la estación de Friedrichstraße el Muro secciona los andenes. En esta estación, común a las líneas de metro y cercanías de ambos Berlín, una pared metálica separa los andenes correspondientes a un régimen u otro, para los orientales ésta era una estación terminal, para los occidentales del andén B salía el metro que

atravesaba la ciudad, del A los trenes de largo recorrido y del C con dirección al este.

La circulación transfronteriza no solamente afecta a los trenes, Friedrich Kittlaus, responsable de las líneas compatibilizaba su trabajo en el Este con su nacionalidad y vivienda en el Oeste. También hay numerosos maquinistas en servicio o empleados de confianza ⁵ del ferrocarril que entraban regularmente en el Oeste para el mantenimiento de los andenes y de los sistemas de señalización (Kuhlmann, 1998:100 y ss).

No es con la unidimensional línea de demarcación, precisamente, con la que habrán de entenderse las acciones de transgresión de la frontera que surgen una y otra vez a lo largo del perímetro de clausura. Con gran repercusión en el imaginario colectivo occidental, los fugados son la negación y la confirmación de la frontera. Con sus acciones niegan la legitimidad de la frontera, pero evidencian su inevitabilidad. A través de túneles, pasaportes falsos, el sistema de alcantarillado, a través del Muro, en el maletero de coches diplomáticos, en el motor de los diminutos BMW-Isetta, las posibilidades de fuga dependían de la imaginación, o del dinero disponible para pagar a un profesional ⁶. El muro se convertía en una doble frontera estatal y económica que se sometía a las leyes de la especulación; el mítico huido heroico, que desafía el orden comunista para alcanzar la liberación, primero ha de aprender los rudimentos del capitalismo.

Las deserciones también ocupan un lugar preeminente en la contradicción de la frontera, cuando el guardián deja de cumplir su misión y arremete contra la propia lógica de la vigilancia. Sin la supervisión de la *Grenzpolizei* (policía de frontera) la frontera vuelve a perder toda su eficacia, la sola frontera física carece de posibilidades de clausura efectiva en un medio de intercambio potencial. Dos de las fugas más significativas, también las más mediáticas, son las protagonizadas por un grupo de soldados que en 1963 derriban el Muro con un tanque en Berlin-Treptow y se fugan en un camión a través del boquete abierto. La otra tienen lugar en los primeros momentos del Muro, y es representativa por su ridiculez: el soldado Schumann de un saltito supera la diferencia entre uno y otro Bloque ⁷.

Pero hay también flujo de retorno. Son muchos los casos de «saltadores del Muro» más o menos recurrentes, bien como forma de protesta o por resistencia al cierre en la que la cotidianidad se opone a la frontera. Este es el caso de un joven que llegó a ser detenido quince veces por cruzar el Muro en el barrio de Kreuzberg. Aún pudiendo haber cruzado por cualquiera de los pasos fronterizos, él respondía con la evidencia del tránsito vecinal, desacralizando la frontera al convertirla en un mero obstáculo físico: ese era el camino más corto para visitar a sus amigos que vivían justo al otro lado (Flemming/Koch, 1999:102-103).

Intersticios espaciales en el espesor. También Muro es lo suficientemente espeso como para incluir varios espacios de los que son significativos los intersticios extraterritoriales y los enclaves. Entre los extraterritoriales destaca el generado por el conflicto del Triángulo Lenné. Los habitantes de una comuna a pie de Muro después de un enfrentamiento con la policía deciden refugiarse en un espacio de cuatro hectáreas formado por el cruce de las calles Lenné, Bellevue y Ebertstraße, desde el que desafían a la policía. Esta franja de terreno correspondía a la D.D.R. pero no había quedado incluida tras el Muro. El 25 de mayo de 1988 cincuenta jóvenes habían ocupado esta área que bautizaron con el nombre de Triángulo Nobert Kubat en recuerdo de un joven que se suicidó después de ser detenido tras las manifestaciones del 1 de mayo de 1987 (Méndez, 1988). Se instaló un campamento que llegaría a albergar a unas 150 personas. para poner orden en el territorio se acuerda el canje del Triángulo Lenné a Occidente. La mañana del 1 de julio de 1988 se produce una fuga en masa al Este, cuando con la excusa de que un policía declara haber sido amenazado con un arma de fuego por uno de los ocupas se decide el desalojo. Los manifestantes protegidos del ataque de la policía occidental resistieron en este intersticio interestatal hasta que fueron «liberados» por la policía oriental, agasajados con un desayuno y conducidos a diferentes pasos de la ciudad, a salvo de las autoridades intramuros (*Der Tagesspiegel*, 2.7.1988).

Pero esta franja de territorio de la D.D.R. extraterritorial que dio paso al Triángulo Lenné no era exclusivo de éste. En menor extensión todo el perímetro del Muro distaba

entre uno y dos metros de la línea de demarcación real, esto permitía a los artistas de graffiti actuar en territorio de la D.D.R. y a la policía del Este acceder al exterior del Muro para volver a pintar el Muro con insistente frecuencia. También de las abundantes colonias de huertos que los habitantes de Berlín se ocupan de cultivar, una va a estar a punto de convertirse en un asunto de seguridad nacional. En 1986 un matrimonio de inmigrantes encuentra en el barrio de Kreuzberg un cachito de tierra intacto para plantar un huerto, después de indagar sobre su propiedad no consiguen saber si tiene dueño y empiezan su cultivo. Días más tarde se ven sorprendidos por la *Grenzpolizei* reclamando la desocupación de territorio oriental. Otra vez la franja de terreno antemuro es lo suficientemente ancha como para desdibujar la línea precisa e inmediata de la frontera. En esta ocasión la pareja acabará consiguiendo mantener su ocupación hortofructícola en «territorio enemigo» (sin quererlo se van a comer tomates del Telón de Acero) (Flemming/Koch, 1999:107).

En los enclaves la extraterritorialidad no es ocasional como en los casos anteriores, sino que comprenden situaciones de habitabilidad estable. El enclave Steinstücken, con un total de 13 hectáreas y 130 habitantes, se encontraban totalmente rodeados por la D.D.R. Hasta la construcción del Muro estaba conectado con la República Federal Alemana por un pasillo de 1,1 km de largo, después sus habitantes habrían de pasar dos puestos de control de la policía, uno de salida y otro de entrada a la R.F.A. En otro extremo de la ciudad, el denominado enclave Eiskeller, va a quedar también unido al Oeste únicamente por un pasillo transitable a pie. Ambos son remedos fractales al propio Berlín occidental en un juego de sucesivas reproducciones a escala del Muro dentro del Muro.

Incluso la incertidumbre que siempre acompañó al Muro en su existencia, también está presente en su desaparición, cuando en la tarde del 9 de noviembre de 1989 durante la conferencia de prensa en la que anunciaba la progresiva restitución del tránsito con Occidente Günter Schabowski, en representación del Politbüro, protagoniza un malentendido que da origen a la apertura inmediata del Muro. A la pregunta de los periodistas si esta apertura de

fronteras afectaba a Berlín Oeste, contesta encogiéndose de hombros:

«Schabowski: Bueno –sí, sí. Se podrá viajar constantemente a través de todos los pasos fronterizos entre la D.D.R. y la R.F.A., por ejemplo a Berlín Oeste.

Pregunta: ¿Cuando entra esto en vigencia?

Schabowski: La vigencia, por lo que yo sé es inmediata, sin dilación»

(Hertle, p. 187 *apud*. Flemming/Koch, 1999:116).

Meses antes Erich Honecker había declarado el 19 de enero de 1989 «[El Muro] todavía estará en pie 50 o 100 años, mientras los motivos que llevaron a su construcción no hayan desaparecido», (*Frankfurter Allgemeine Zeitung* 20.1.1989).

C. EN LA TRAZA DEL CAMINO

El Camino de Santiago es un camino que ha cumplido y cumple una importante función política respecto a la construcción del hecho fronterizo en el continente europeo. La peregrinación a Santiago de Compostela surge y se consolida en un momento histórico, la Edad Media, en que la noción de frontera no hace referencia a la idea actual de una línea de demarcación perfectamente definida; de hecho, la indefinición del espacio fronterizo característica de esta época y, «sobre todo, el carácter cambiante de las esferas de influencia de los distintos poderes en los primeros siglos medievales, fuerzan [a los historiadores] a hablar de “zonas fronterizas” más que de fronteras propiamente dichas» (Mitre, 1997:28). En este contexto, la formulación del *Finis Terrae* va a articular un mecanismo de estructuración del fragmentado espacio político de Occidente a partir de los siglos VIII y IX. La sacralización de Compostela y el impulso de las peregrinaciones a este lugar «fueron un mecanismo eficaz de delimitación, ordenación y articulación del espacio occidental, que en términos políticos se traduce en un evidente proceso de centralización y legitimación del poder y en un fortalecimiento de la identidad comunitaria de los reinos cristianos» (Barreiro, 1997:8). En este sentido, al señalar la periferia, los límites o

bordes de la cristiandad, el Camino contribuía a la construcción de una nueva estructura institucional caracterizada por la centralización de los poderes.

Ahora bien, después de varios siglos de decadencia de las peregrinaciones a Compostela, en la actualidad vuelven a recaer sobre el Camino de Santiago funciones políticas para la estructuración del territorio. Más concretamente, el Camino ostenta una función simbólica en el proceso de construcción de la identidad europea. La estrategia política para la instrumentación simbólica del Camino no pasa, sin embargo, por un nuevo impulso a la sacralización de Compostela, sino por la propuesta de rehabilitación y conservación como «bien patrimonial» de la propia ruta, es decir de constitución como icono canónico. En este proceso, como en toda activación patrimonial, se promueve la reconstrucción y conservación de su fisonomía al tiempo que se le otorgan significados identitarios (Prats, 1997; García, 1998). Nos interesa destacar aquí que la patrimonialización del Camino asociada a la identidad europea se inicia, a finales de 1985, coincidiendo con el ingreso del Estado español en la C.E.E. Ese mismo año la ciudad de Santiago de Compostela recibe el premio Europa-85 del Consejo de Europa en reconocimiento por su compromiso en la cooperación europea. Dos años después este mismo organismo declara al Camino de Santiago: Primer Itinerario Cultural Europeo, invitando a gobiernos y ciudadanos a iniciar la labor de rehabilitación, identificación y señalización del Camino. Por las mismas fechas, en abril de 1987, el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, el Ministerio de Turismo, Transportes y Comunicaciones y el Ministerio de Cultura firman el Convenio de Cooperación para la recuperación del Camino de Santiago. Se inicia entonces su reconstrucción física y su presentación como símbolo de la «Europa sin fronteras». Lejos queda ya la declaración del Camino de Santiago como Conjunto histórico-artístico y las razones que el gobierno de Franco daba entonces, en 1962, para adoptar esta medida: «...para evitar que con el paso de los años pueda desaparecer totalmente algo que ha adquirido resonancia universal y tan unido está al sentimiento patrio»⁸.

Es en la década de los ochenta y noventa cuando el Camino deja de vincularse, en el discurso político, con el sentimiento patrio de los

españoles para pasar a convertirse en símbolo de la identidad europea. Una nueva fase de su activación patrimonial que pasa por una relectura de su historia. Se hace nuevamente memoria. Se le asignan nuevos propietarios. A través de una selección e interpretación de sus factores de nacimiento y consolidación, el Camino se presenta como símbolo de la identidad europea, enfatizándose los aspectos de la ruta que le atribuyen una función de espacio de intercambio y comunicación cultural. En las palabras introductoras del Convenio de Cooperación para la Recuperación del Camino de Santiago anteriormente citado, podemos leer: «La peregrinación a Compostela, desde sus inicios en el siglo IX, generó por una parte un flujo ininterrumpido de gentes que sirvió de cauce de comunicación de ideas y difusión cultural contribuyendo a la formación de la identidad europea»⁹. Europa es, en este discurso identitario-patrimonializador, la Europa del intercambio cultural y económico, la Europa de las comunicaciones, la «Europa sin fronteras».

El Camino como elemento patrimonializado se convierte en testimonio de la memoria. Ésta resulta materia tangible. El recuerdo trasciende su dimensión temporal para manifestarse en el espacio. Así, como un museo, el Camino es un discurso que se realiza en el espacio. Para la difusión pública del discurso se precisa una presentación y exhibición del elemento patrimonializado que en virtud de los significados y valores a él atribuidos es objeto de programas de restauración y protección. A la reconstrucción de la historia le sigue pues la reconstrucción y presentación física. Activar patrimonialmente un elemento físico permite exponer públicamente el discurso identitario que a él se asocia. El proceso de señalización y delimitación de la ruta puede leerse como un proceso de «invención de la tradición», usando el concepto acuñado por Hobsbawm y Ranger (1984). Se trata de presentar el itinerario tradicional del Camino de Santiago, pero este mecanismo, igual que cuando se presenta un traje regional tradicional, elimina la consideración de que ningún elemento cultural puede permitirse permanecer invariable a lo largo de la historia. La tradición se inventa para crear un símbolo de continuidad con el pasado pero ella misma elimina toda cambio, pasado y futuro. Es así que el Camino como itinerario tradicional de las peregrinaciones jacobeanas,

como espacio patrimonializado, deviene fijo e inmutable: «El Camino viene definido por los terrenos que ocupe y sus elementos funcionales en una franja de tres metros de ancho. En los casos de puentes será Camino de Santiago el terreno ocupado por los soportes de la estructura»¹⁰.

El Camino de Santiago, de nuevo, como encarnación fronteriza; en este caso la de «el límite, en el sentido más próximo de *limes*, [que] sería un camino entre dos fronteras, un *póros* que no tendría otro fin que su propio encaminamiento entre espacios prohibidos, que utilizaría sus extremos para abrirse paso» (Marin, 1991:107). Su salvaguarda y reconstrucción supone una distinción de este espacio, un pasillo-corredor que se diferencia de todo aquel espacio que queda fuera de sus márgenes, que separa y divide el espacio en virtud de su capacidad simbólica. Siendo al mismo tiempo pasillo y frontera, el Camino nos traslada, más que a otro lugar, a otro tiempo; no al pasado sino a la memoria dicha y hecha memorable desde proyectos e intereses presentes. Aquí, en tanto que construcción presente, se desvanece la metáfora de «cicatriz de la historia» y el Camino más bien resulta un reciente tatuaje... probablemente como todo elemento cultural patrimonializado.

Espacios de proyección en el espacio Schengen

Trincheras, Muro y Camino son sometidos a operaciones de simplificación sobre las que se erige el nuevo sin fronteras en el que la memoria es confusa. Mientras la barbarie del enfrentamiento entre estados es borrado de la memoria de las trincheras y del Muro sólo queda el recuerdo de su «caída», en el Camino emerge como la encarnación del sin fronteras. Después de la desaparición de las fronteras hay que habilitar vías de conexión y tránsito que culminen este proceso.

A principios de la década de los noventa, el fotógrafo J.S. Cartier va y viene por lo que queda de las trincheras, retratando los vestigios de la Gran Guerra. El mapa del frente que así se conforma está hecho de puntos, señalando

los lugares frecuentados por él durante tres años, en lugar de la consabida línea que una y otra vez se le asigna. No deja de tener su importancia pues Cartier nos da a ver justo lo que es obviado por aquella, lo constitutivo del frente occidental: los intersticios. Visitamos con él los lugares donde hicieron su primera aparición los gases asfixiantes, los lanzallamas o los cascos *Arizona*; asimismo vemos los lugares donde queda alguna traza de casamatas, blocaos o puestos de observación reventados; pero también entramos en las ruinas de castillos e iglesias así como en las canteras que servían de abrigo, en cuyas paredes los *poilus* dejaron esculturas o tallas alusivas (caso de la gran cabeza de Esfinge en Ose) e inscripciones de todo tipo: señas del regimiento o batallón (coexistiendo las de los distintos contendientes allí donde alternaron su estacionamiento) y grafittis conjuradores. Como ejemplo de esto último bien pueden servirnos dos, uno del principio y otro del final de la guerra: «En el rincón de una calle de Stosswihr se puede leer sobre una piedra angular “Got strafe den Weltbrandstifter-1914-?” (Castigue Dios a aquellos que incendian el mundo). El grabador se preguntaba si esta guerra con una antigüedad de cinco meses iba todavía a durar mucho tiempo» (Cartier, 1994:220); «Nanteuil-La-Fosse, graffiti de un soldado americano del 103rd Infantry Regiment (Nueva Inglaterra), fechado en febrero de 1918: “Take life as you find it and you will find Death is nothing” (Tomad la vida tal cual es y veréis que la muerte no es nada)» (ibídem: 136). Mensajes en los que resuena *la solidarité de los perturbados*, la de quienes conocen la experiencia del frente; solidaridad que «puede permitirse decir no a las medidas de movilización que eternizan el estado de guerra», que «se construye en la persecución y la incertidumbre: tal es su frente silencioso» (Patocka, 1988:160-161). La experiencia del frente, la fronda que lo constituye, permite pensar la frontera como tensión irreductible entre el proyectarse y el exponerse, manteniendo ambas en juego, sin reducir uno al otro; por el contrario, el frente sin fronda hace de toda frontera «la ilusión de un ámbito de proyección heroica» (Sánchez Ferlosio, 1986:115), mero espacio de representación donde la exposición se resuelve en sacrificio, a través de la exposición delegada y diferida de unos pocos: pioneros, mártires...

El barrizal virulento ha entrado a formar parte de los circuitos por los que transitan los turistas si bien, para ello, en ocasiones ha debido ser sustituido por una alfombra de hierba digna de un campo de golf y, en otras, se ha tratado de salvar «los vestigios conmovedores de su desolación» (Cartier, 1994:219), como en el Partenón. J. S. Cartier lo tuvo en cuenta en el proyecto mismo de fotografiar el Frente Occidental de la Gran Guerra, pues decidió no fotografiar más que lo que databa del período 14-18: «tanto los monumentos como los cementerios construidos tras la guerra no entrarían en el marco de nuestro estudio por razones de cronología pero también porque, a medida que progresábamos, esos parajes nos parecían ser otros tantos simulacros. Esas necrópolis no sólo honraban a los muertos sino que, asimismo, crearían para los supervivientes una imagen aceptable del campo de batalla, con árboles, corredores de gravilla, cruces blancas y flores» (ibídem:25).

En el caso del Muro, se ha tratado de reparar el desmantelamiento sufrido tras su apertura con la construcción del nuevo centro de la ciudad en la Potsdamer Platz; por otra parte, en distintos puntos de su antigua ubicación se diseñan plazas y monumentos que lo evocan, al mismo tiempo que las casas colindantes con el Muro han recuperado sus ventanas y puertas (tapiadas o estrechadas para dificultar las fugas). Pero en el Berlín moderno hay nuevos muros, nuevos obstáculos en el camino, son otros muros, de seguridad, se dice, que han de medirse con el fantasma de su hermano mayor desaparecido ¹¹ o son nuevos edificios que se alzan allí en donde el Muro a dejado (mucho) terreno edificable. En el *Checkpoint Charlie* en los años 90 un enorme cartelón rojo con una foto en blanco y negro de los años de la Guerra Fría ya nos confesaba honestamente cual era el destino del Muro, el *American Business Center* concebido por Philip Johnson: «¡Alto!. Estamos de obras. 1961 El Muro se va a construir. 1994-1998 Cinco años después de la caída del Muro de Berlín se gesta aquí uno de los centros de negocios más atractivo de Europa con oficinas y negocios, restaurantes, viviendas y cultura». Toda una nueva ciudad con sede en la ¡calle del Muro, n.º 93!. La vacuidad del Muro se trastoca en la congestión urbana característica de las grandes urbes modernas (Jameson, 1999:213).

El contraste anterior del Muro con las casas adjuntas, ahora se transforma en el contraste de los viejos edificios con los nuevos, allí donde se puede esclarecer la propiedad de los terrenos; en muchos de los pasillos verdes que dejó el terreno del Muro, utilizados como improvisados parques aparecen letreritos de «Propiedad privada. Prohibido el paso». Al Muro como no-espacio que representan los descampados en el centro de la ciudad en los que todavía vemos caballos pastando, circos instalados, colonias de carromatos y basureros urbanos se va imponiendo progresivamente el Muro caído como solar especulable.

También emerge el Muro como como espectáculo, objeto de consumo turístico e identitario, a través de fórmulas más o menos cultas, kitsch o veraces. Los libros sobre el Muro, en los que la proporción entre el ensayo y las guías explicativas está claramente sesgada hacia este último, visitas guiadas por diversos zonas del Muro (mayormente en los barrios de Kreuzberg y la zona alrededor de la *Brandenburger Tor*) que reconstruyen el recorrido, anécdotas y datos para percibir lo que ya casi no se ve ¹². La colección del Muro francesa, inaugurada en Lyon por Michail y Raissa Gorbatschow, ha recorrido el mundo desde Chipre, pasando por Madrid hasta Japón. En ella se pasean restos de Muro con acciones de artistas y obras *ad hoc* en las que se evoca lo que se resume en el nombre de la exposición «Europa en movimiento: El Muro de Berlín – Artistas por la libertad», patrocinada por el empresario inmobiliario francés Pascal Jeanded (*Berliner Morgenpost*, 7.8.1999), el arte como el capital no se someten a las fronteras. En infinidad de tiendas de *souvenirs*, en las inmediaciones de la *Brandenburger Tor*, del *Checkpoint Charlie* y del *East Side Gallery*, encontramos variedad de postales con escenas del Muro: fotos del Muro con cachos del Muro pintados, imágenes del Muro o de los pasos fronterizos, de los primeros días con la gente izándose a lo alto del Muro, del derribo o de los nuevos edificios en construcción sobre las tristes ruinas. Una memoria que recorre todos los pasos del Muro en una secuencia histórica: génesis, permanencia y «caída» ¹³.

La memoria es insistente en dos sentidos: en el identitario turístico y en el identitario político. En los tenderetes de quincalla soviética los vendedores ofrecen un muestrario portátil de

«auténtica» cultura comunista desde cachos de Muro, hasta gorras militares, medallas y banderines conmemorativos del ejército soviético, *matrioshkas*, o reproducciones en miniatura del «seiscientos» de la D.D.R.: el Travi, hoy objeto de culto entre los jóvenes. Eso es lo que queda de la D.D.R. Si antes el Bloque Oriental empezaba en Berlín, ahora la memoria pervive de la misma manera: la D.D.R. se confunde con la U.R.S.S. ¿Existió alguna vez la D.D.R.? Hoy la única certeza posibilitada es el icono canónico de la «caída» del Muro que inaugura el sin fronteras actual.

Además de los múltiples trozos de pared distribuidos por lugares de todo el mundo tres secciones del Muro se pueden observar aún en la ciudad. Los restos se encuentran muy próximos entre sí. Uno reinstalado en la calle Stresemannstraße, se mantiene como parte de un negocio de *souvenirs* con la entrada flanqueada por dos banderas de la D.D.R. Otro protegido por una alambrada se encuentra en el perímetro de la exposición *Topographie des Terrors* y el tercero se conoce como la *East Side Gallery*, la sección más larga que se conserva del Muro, bajo cartelitos de «monumento protegido» en el que después del derribo del Muro numerosos artistas y espontáneos decoraron en una acción de reafirmación de toma del Este. El Muro que permitió la transgresión está hoy en día jalonado en la longitud de la *East Side Gallery* con letreros que proclaman «Esta construcción es patrimonio cultural. Por favor no dañe esta pared». Pero ni siquiera la memoria del legado del Muro subversivo se corresponde con el Berlín intramuros, una pintada «¡Mira detrás de Muro. Monumento Protegido!» nos invita a asomarnos a un agujero con vistas al «Este», cuando lo que se ve es el «Oeste». El Muro se ha vuelto reversible, la frontera ya no divide el espacio, sino el tiempo indistintamente de su morfología. El Muro que separó Occidente de Oriente, ahora tras el derribo separa más rígidamente si cabe el pasado del futuro.

Ciertamente sí hay una memoria construida alrededor del Muro: el recuerdo de que el Muro era perecedero y endeble como la de esa pared de chocolate levantada en el centro del complejo comercial de la Potsdamer Platz. Un Muro que a pesar de estar aquí rematado por una almena para incidir en su carácter de frente infranqueable es tan efímero como su degustación¹⁴.

En tanto que la frontera puede traer a las mentes la imagen del muro o de la trincheras, ya que ambas evocan una interrupción y/o la detención del movimiento, difícilmente hace lo propio la imagen del camino, vinculada ésta con las nociones de unión y comunicación. Allí donde la frontera (en tanto línea divisoria) impone una cesura, el camino (en tanto línea de enlace) supone una conexión. Ahora bien, la frontera es comúnmente pensada como límite y éste, a su vez, puede ser pensado como camino y como intervalo; es el caso de la noción matemática de límite, pero también el de la noción etimológica: «El límite, incluso como mera línea, despliega un intervalo entre contigüidades y vecindades. El *limes*, al que constituye la etimología, ¿acaso no es primeramente, en Columelle o en Varron, un sendero o un pasaje entre campos, un marco, lo que reviste un borde? El *limes*: eso que está entre dos bordes; en Tito-Livio o en Ovidio, es un camino, una ruta, que por mi parte no puedo dejar de concebir como un camino en hueco de Bretaña, camino que permite una progresión entre los campos sin franquear nunca la clausura de sus cercas, o como esa vía que recorrían los carros sobre la Gran Muralla...» (Marín, 1991:107). En efecto, *limes* es sendero entre dos campos, literalmente; luego, como nos recuerda el historiador del Imperio Romano, fue «zona defensiva establecida a lo largo de una frontera y que consiste en una ruta de rocas que une entre sí fuertes y campamentos. Base de partida para una defensa activa. Existía un *limes* a lo largo del Rin, otro en Siria, otro en África, etc.» (Grimal, 2000:242). De todo ello, sin embargo, sólo será retenido el conjunto de plazas fuertes y fortificaciones en los confines del Imperio cuando se trata de traerlo a colación respecto a las fronteras (exteriores) de la Unión Europea: la fortaleza europea surgida del *espacio Schengen*. En cambio, serán los restantes sentidos del *limes* los que habrán de entrar en juego aquí al analizar la construcción sociodiscursiva del Camino de Santiago como emblema de la Europa sin fronteras (interiores), la otra vertiente de ese *espacio Schengen*.

Situándonos en un nivel analítico, es necesario decir que el pasado más que definir contenidos identitarios ocupa una función instrumental en la construcción del discurso. La identidad tiene que ver no con el pasado sino

con el futuro, esto es, con los proyectos a los que sirve de legitimación (García, 1999) que se hacen evidentes en la revitalización del Camino de Santiago. Desde esta consideración podemos afirmar que el discurso identitario patrimonializador del Camino se enmarca en el actual contexto político europeo, en el que se quiere consolidar un proyecto, iniciado hace ya cincuenta años, de unificación política y económica. Es desde este contexto, desde este presente-futuro, donde el pasado se construye para ver la «Europa sin fronteras» en un camino por el que, con total desconocimiento de este proyecto, viajaron las gentes en la Edad Media. El futuro estaba, sin embargo, allí. Decirlo es la función del discurso identitario y el mecanismo que las autoridades políticas (en este caso) emplean para la legitimación de sus proyectos e intereses. La consolidación de la unificación europea se presenta de esta suerte como un «proyecto fiel a la memoria», a esa memoria hipostasiada en el Camino que olvida guerras entre los ahora estados miembros, procesos de colonización y todo tipo de desigualdades, porque decidir y decir lo que es memorable supone un ejercicio en el que se separa y distingue lo que debe ser recordado de lo que debe ser olvidado.

La memoria vertida en el Camino es la de la fe común, la solidaridad, el intercambio y la comunicación. En la Declaración de Santiago, texto con el que el Consejo de Europa declara el Camino de Santiago I Itinerario Cultural Europeo, se dice: «Esta identidad (europea) se hace y se hizo posible por la existencia de un espacio europeo cargado de memoria colectiva y cruzado por caminos capaces de superar las distancias, las fronteras y las lenguas»¹⁵. Como una pieza más de este discurso en 1992 escuchamos a Narcis Serra dirigirse al Apóstol Santiago en la Catedral compostelana con las siguientes palabras: «Apóstol Santiago, hablar ante ti de Europa no puede resultarte extraño. Al conjuro de tu nombre de tus restos depositados en esta ciudad se fue forjando en los albores de la Edad Media la primera concepción de Europa como unidad cultural y espiritual tras la caída del Imperio Romano. A la necesidad de visitarte se rindieron fronteras y aduanas, ante la conveniencia de aunar esfuerzos para superar los peligros del Camino se olvidaron nacionalidades y rencores, se fortalecieron

factores de cohesión entre hombres de razas, pueblos y lenguas diferentes»¹⁶.

La «superación de las fronteras» aparece en el discurso patrimonializador como un sintagma clave para la comprensión (inteligibilidad presente) de la historia del Camino y de esta manera, la ruta se convierte en un elemento capaz de evocar o simbolizar la actual Europa, como territorio unificado en el que las fronteras interiores se diluyen. Sin embargo, y como símbolo de un territorio unificado, el Camino en su función política sirve para establecer fronteras, las de la memoria y el olvido, las que distinguen proyectos legítimos, las de una identidad frente a otras posibles. El Camino deviene también, en otro sentido, una encarnación fronteriza. Como Itinerario Cultural Europeo, como «calle mayor de Europa»¹⁷, el Camino, metáfora de la «Europa sin fronteras», se presenta en el mapa del territorio europeo como una cicatriz de la historia del continente.

Coda

Asistimos a una progresiva operación de alisamiento y simplificación, en la que que las Trincheras han sido niveladas a golpe de excavadora para mayor gloria de la agroindustria tanto como el Muro ha dado lugar al remedo, a comienzos del siglo XXI, de aquellas grandes operaciones urbanísticas del siglo XIX cuando se derribaron las murallas de ciudades como Barcelona o París, inventándose entonces ese espacio singular del bulevar, que no resulta nada ajeno al Camino, que también ha sido ensanchado, pavimentado y arbolado. Pero, sobre todo, una operación mediante la cual al recorrer las Trincheras, el Muro o el Camino nos encontramos en los pasillos de un museo, en una exposición distinta que es la del abandono, en un dejarse ir... Estos tres ejemplos de fronteras del pasado en el continente europeo se imponen ahora patrimonializados para simbolizar un presente sin fronteras; un juego de ocultación para las fronteras del presente que no carecen de presencia tanto coactiva como incoactiva, donde el icono canónico de la frontera es más fuerte que nunca, ahora como su negación.

NOTAS

¹ No ha de extrañar esta deriva mitológica a la hora de mostrar la mayor de las indisposiciones por parte de la Unión Europea ante la migración exterior. Otro tanto sucede cuando se trata de mostrar la mejor de las disposiciones ante la migración interior y se trae a colación el mito del rapto de Europa: narración de las (des)venturas de la bella Europa, raptada por Zeus y abandonada en Creta junto a su descendencia, entre la que se cuenta Minos. Cual relato fundacional, ese mito brinda una representación efectiva de los orígenes ancestrales, aunque solo sea por su *vis topomímica*, por lo que no han de faltar ocasiones durante estos años de intensa promoción europeísta para que el mismo sea mentado y comentado desde tribunas tanto académicas como periodísticas.

² La longitud de demarcación entre Berlín Oeste y Berlín Este era de 43,1 km., entre Berlín Oeste y la D.D.R. de 111,9 km. Lo que se denomina como el Muro es todo este perímetro compuesto por la pared de cemento que representa en nuestro imaginario la totalidad del Muro, y el denominado Muro verde. El primero atravesaba la ciudad y el segundo ocupaba las zonas de bosque y menos habitadas alrededor de Berlín Oeste. El perímetro que atraviesa lagos y bosques queda fuera de la representación del Muro, allí donde los intercambios son más reducidos, el Muro es menos visible.

³ De septiembre de 1949 al 15 de agosto de 1961 hay contabilizados un total de 2.691.270 escapados, a esta cifra se podría sumar otro millón de personas que pasaron en el periodo 1945-1949 y aquellos que pasaron al Oeste sin pasar por un «procedimiento de emergencia», es decir que abandonaron la D.D.R. de forma legal, (BGF 1986:15).

⁴ Los pasos fronterizos registran toda la circulación de personas a través de nueve puestos: Bahnhof Friedrichstraße, Bornholmer Straße, Chausseestraße, Checkpoint Charlie, Friedrichstraße, Heinrich-Heine-Straße, Invalidenstraße, Oberbaumbrücke, Sonnenallee.

⁵ Estos tenían que pasar un cuestionario sobre su fidelidad al partido y al gobierno, adscripción de clases, preferentemente ser padres de familia, tener un expediente político intachable y ninguna relación de parentesco en el Oeste (Kuhlmann, 1998:101).

⁶ En el año 1963 se pagará hasta 2.000 marcos alemanes occidentales (unas 170.000 pesetas), y a finales de esta misma década de 15.000 a 20.000 marcos (entre 1.275.000 y 1.700.000 pesetas), (Flemming/Koch, 1999:51).

⁷ Además de estas dos deserciones se contabilizan un total de 2.800 deserciones en toda la frontera (Lapp, 1998:232).

⁸ Decreto 2224/1962, del 5 de septiembre.

⁹ Convenio firmado el 8 de Abril de 1987. La Comunidad Foral de Navarra y las Comunidades Autónomas de la Rioja, Aragón, Castilla y León y Galicia firman, con fecha del 22 de Octubre de ese mismo año, el Acta de Adhesión a este Convenio interministerial.

¹⁰ Decreto publicado en el Boletín Oficial de Navarra, 20 de Abril de 1988.

¹¹ El gobierno de Estados Unidos está comenzando con las obras de su nueva embajada al lado de la Brandenburger Tor. Este hecho no es sólo relevante por su ubicación simbólica, sino también por la polémica que ha generado su construcción. Estados Unidos reclama un

cinturón de seguridad alrededor de la embajada, una zona libre de tráfico rodado, vigilada y bajo jurisdicción americana que invadiría terreno al monumento del Holocausto y supondría el control de acceso al reconstruido Hotel Adlon, a la *Akademie der Künste* (Academia de las Artes), y además alejar la vía rodada a la que da la fachada del edificio invadiendo un trozo del parque más emblemático de Berlín, el Tiergarten (*Der Tagesspiegel*, 22.7. 1999). Por otra parte, la ampliación del *Reichstag* con la construcción de nuevas oficinas para el gobierno incluyó un parque que perimetra todos las instalaciones a orillas del canal del Spree. El parque acabó resultando una franja de seguridad rodeada a su vez de una pared de 3 m. de alto. Rápidamente la prensa se hizo cargo de este «nuevo muro» como fue bautizado. A los titulares de «¿Necesita la democracia otro muro?» (reveladora paradoja) la oficina del Canciller respondió que el objetivo era defender las dependencias del gobierno y que pronto iba a quedar recubierta por un manto vegetal que la iba a ocultar. La vuelta al Muro verde, mimetizando la microgeopolítica en la orografía naturalizada de un manto vegetal.

¹² En las semanas del 17 de febrero al 1 de marzo del 2000 encontramos las siguientes visitas anunciadas entre las actividades culturales que se ofrecen en la ciudad: «El Muro – a la búsqueda de huellas», «La transformación de la línea del Muro: frontera entre sectores, línea de la muerte, lugar conmemorativo», «Tras las huellas del Muro de Berlín en Treptow», «De Este a Oeste – donde un día estuvo el Muro» (*Tip Magazin*, n.º 4 del 2000).

¹³ Sería mucho más propio hablar del 'derribo' del Muro para no obviar que fue un objetivo político perseguido, y no dar a entender que fue consecuencia de un proceso histórico lógico, algo inherente a su constitución como ocurre al referirnos a él como «caída».

¹⁴ «Dulce Muro. Un Muro de chocolate conmemora estos días en Berlín la “caída” de la pared que durante 28 años dividió a la ciudad. Expertos chocolateros de Perugia (Italia) han levantado en la plaza dedicada a Marlene Dietrich, con 12 toneladas de cacao, un tabique de 12 metros de ancho por dos metros de alto, que posteriormente fue pintado por un grupo de niños con acuarelas comestibles» (*El País* 9.10.1999).

¹⁵ Texto leído por Marcelino Oreja el 23 de octubre de 1987 en Santiago de Compostela y publicado íntegramente en *Corriente*, 1993:38-39.

¹⁶ Transcripción de la Ofrenda al Apostol Santiago del 31 de diciembre de 1992.

¹⁷ Como se refirió en 1993 al Camino de Santiago E. Zapatero Villalonga, Consejero de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León (Zapatero 1993:3).

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, M. (1997): «Les frontières: un débat contemporain» en *Cultures & Conflits* 26/27:15-39.
- BAJTIN, M. (1989): *Teoría y estética de la novela*. Madrid, Taurus.
- (1988): *Problemas de la poética de Dostoievski*. México, Fondo de Cultura Económica.
- (1982): *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI.

- BARREIRO, J.L. (1997): *La función política de los caminos de peregrinación en la Europa Medieval*. Madrid, Tecnos.
- BERNANOS, G. (1964): *Journal de un curé de campagne*. Paris, Plon.
- BGF (1986): *Der Bau der Mauer durch Berlin. Die Flucht aus der Sowjetzone und die Sperrmaßnahmen des Kommunistischen Regimes vom 13. August 1961 in Berlin* (edición facsímil de la memoria de 1961 de Bundesministerium für Gesamtdeutsche Fragen, Bonn und Berlin). Bonn, Bundesministerium für innerdeutsche Beziehungen.
- CARTIER, J.S. (1994): *Traces de la Grande Guerre. Les Vestiges oubliés de la Mer du Nord à la Suisse*. Paris, Marval.
- CERTEAU, M. de (1990): *L'invention du quotidien (1. arts de faire)*. Paris, Gallimard.
- COROMINAS, J. (1987): *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Vol. II. Madrid, Gredos.
- CORRIENTE, J.A. (1993): *El camino y la ciudad de Santiago de Compostela: su protección jurídica*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- FLEMMING, Th. & KOCH, H. (1999) *Die berliner Mauer. Geschichte eines politischen Bauwerks*. Berlin, be.bra verlag.
- GARCÍA, J.L. (1999): «A identidade cultural: acontecimentos, procesos, proxectos» en Gondar, M (coord.) *O feito diferencial galego*. Vol. I. Santiago de Compostela, Museo do Pobo Galego: 83-99.
- GARCÍA, J.L. (1998): «De la cultura como patrimonio, al patrimonio cultural» en *Política y Sociedad*, 27:9-20.
- GIL BERA, E. (1993): *A este lado*. Pamplona, Pamiela.
- GRASS, G. (1999): *Mi siglo*. Madrid, Alfaguara.
- GRIMAL, P. (2000): *El imperio romano*. Barcelona, Crítica.
- GOULD, S.J. (1996): «Escalas y conos: La evolución limitada por el uso de iconos canónicos» en Sacks, O. et alii: *Historias de la ciencia y del olvido*. Madrid. Siruela: 123-154.
- HARLOW, B. (1993): *Literatura de resistencia*. Santiago de Compostela, Laiovento.
- HERTLE, H.-H. (1996): *Chronik des Mauerfalls*. Berlin, Links.
- HOBBSBAWN, E. & RANGER, T. (1984): *The invention of tradition*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HUSTVEDT, S. (1999): *En lontananza*. Barcelona, Circe.
- JAFEE, D. (1994): «Les mythes de fondation des towns dans l'histoire local en Nouvelle-Anglaterrre» en Marienstrans, E. y Rossignol, M.-J.: *Mémoire privée mémoire collective dans l'Amérique pré-industrielle*. Paris, Berg.
- JAMESON, F. (1999): «El ladrillo y el globo: Arquitectura, idealismo y especulación del suelo» en de la Nuez, I. (ed.) *Paisajes después del Muro*, Barcelona, Península:193-221.
- KUHLMANN, B. (1998): *Züge durch Mauer und Stacheldraht. Sechs Kapitel zur Geschichte des Eisenbahnverkehrs über die Grenzen zwischen Deutschland Ost und Deutschland West*. Berlin, GVE.
- LAPP, P.J. (1998): «Die Grenztruppen der DDR (1961-1989)» en Torsten, D. et alii (ed.) *Im Dienste der Partei. Handbuch der Bewaffneten Organe der DDR*. Berlin, Links: 225-252.
- LOWENTHAL, D. (1985): *The Past ist a Foreign Country*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MAINGUENEAU, D. (1993): *Le contexte de l'oeuvre littéraire*. Paris, Dunod.
- MARIN, L. (1991): «Frontières, limites, limes: les récits de voyage dans *L'Utopie* de Thomas More», en *Frontières et limites*. Paris, Centre Georges Pompidou:105-130.
- MÉNDEZ QUEIZÁN, C. (1988): «O triángulo Lené, ou o país de ningures» en *Diario de Galicia*, 27.6.1998.
- MIQUEL, A. (1991): La frontière absente: le monde musulman aux approches de l'an mil, en *Frontières et limites*. Paris, Centre Georges Pompidou.
- MITRE, E. (1997): «La cristiandad Medieval y las formulaciones fronterizas» en Mitre, E. et alii: *Fronteras y fronterizas en la historia*. Valladolid, Universidad de Valladolid:7-62.
- MOREY, M. (1990): *Psiquemáquinas*. Barcelona, Montecosinos.
- OLIVÁN, F. (1998): *El extranjero y su sombra*. Madrid, San Pablo.
- PATOCKA, J. (1988): *Ensayos heréticos*. Barcelona, Península.
- PRATS, Ll. (1997): *Antropología y patrimonio*. Ariel, Barcelona.
- RAFFESTIN, C. (1993): «Autour de la fonction sociale de la frontière» en *Espaces et Sociétés*, 70/71:157-169.
- ROUAUD, J. (1994): *Traces de la Grande Guerre*. Paris, Marval.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, R. (1986): *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*. Madrid, Alianza.
- SIBONY, D. (1991): *Entre-deux, l'origine en partage*. Paris, Seuil.
- SIMMEL, G. (1986): *Sociología*. Madrid, Alianza.
- TOCQUEVILLE, A. de (1996): *El Antiguo Régimen y la Revolución*. México, Fondo de Cultura Económica.
- WIHTOL DE WENDEN, C. (2000): *¿Hay que abrir las fronteras?* Barcelona, Edicions Bellaterra.
- ZAPATERO VILLALONGA, E. (1993): «Camino de Santiago, calle mayor de Europa» en *Peregrino*, 31/32:3.